



1 El evangelio según Marcos

EL HECHO SUCEDIÓ en la estancia La Colorada, en el partido de Junín, hacia el sur, en los últimos días del mes de marzo de 1928. Su protagonista fue un estudiante de medicina, Baltasar Espinosa. Podemos definirlo por ahora como uno de tantos muchachos porteños, sin otros rasgos dignos de nota que esa facultad oratoria que le había hecho merecer más de un premio en el colegio inglés de Ramos Mejía y que una casi ilimitada bondad. No le gustaba discutir; prefería que el interlocutor tuviera razón y no él. Aunque los azares del juego le interesaban, era un mal jugador, porque le desagradaba ganar. Su abierta inteligencia era perezosa; a los treinta y tres años le faltaba rendir una materia para graduarse, la que más lo atraía. Su padre, que era librepensador, como todos los señores de su época, lo había instruido en la doctrina de Herbert Spencer, pero su madre, antes de un viaje a Montevideo, le pidió que todas las noches rezara el Padrenuestro e hiciera la señal de la cruz. A lo largo de los años no había quebrado nunca esa promesa. No carecía de coraje; una mañana había cambiado, con más indiferencia que ira, dos o tres puñetazos con un grupo de compañeros que querían forzarlo a participar en una huelga universitaria. Abundaba, por espíritu de aquiescencia, en opiniones o hábitos discutibles: el país le importaba menos que el riesgo de que en otras partes creyeran que usamos plumas; veneraba a Francia pero menospreciaba a los franceses; tenía en poco a los americanos, pero aprobaba el hecho de que hubiera rascacielos en Buenos Aires; creía que los gauchos de la llanura son mejores jinetes que los de las cuchillas o los cerros. Cuando Daniel, su primo, le propuso veranear en La Colorada, dijo inmediatamente que sí, no porque le gustara el campo sino por natural complacencia y porque no buscó razones válidas para decir que no.

El casco de la estancia era grande y un poco abandonado; las dependencias del capataz, que se llamaba Gutre, estaban muy cerca. Los Gutores eran tres: el padre, el hijo, que era singularmente tosco, y una muchacha de incierta paternidad. Eran altos, fuertes, huesudos, de pelo que tiraba a rojizo y de caras aindiadas. Casi no hablaban. La mujer del capataz había muerto hace años.

Espinosa, en el campo, fue aprendiendo cosas que no sabía y que no sospechaba. Por ejemplo, que no hay que galopar cuando uno se está acercando a las casas y que nadie sale a andar a caballo sino para cumplir con una tarea. Con el tiempo llegaría a distinguir los pájaros por el grito.

A los pocos días, Daniel tuvo que ausentarse a la capital para cerrar una operación de animales. A lo sumo, el negocio le tomaría una semana. Espinosa, que ya estaba un poco harto de las *bonnes fortunes* de su primo y de su infatigable interés por las variaciones de la sastrería, prefirió quedarse en la estancia, con sus libros de texto. El calor apretaba y ni siquiera la noche traía un alivio. En el alba, los truenos lo despertaron. El viento zamarreaba las casuarinas. Espinosa oyó las primeras gotas y dio gracias a Dios. El aire frío vino de golpe. Esa tarde, el Salado se desbordó.

Al otro día, Baltasar Espinosa, mirando desde la galería los campos anegados, pensó que la metáfora que equipara la pampa con el mar no era, por lo menos esa mañana, del todo falsa, aunque Hudson había dejado escrito que el mar nos parece más grande, porque lo vemos desde la cubierta del barco y no desde el caballo o desde nuestra altura. La lluvia no cejaba; los Gutores, ayudados o incomodados por el pueblera, salvaron buena parte de la hacienda, aunque hubo muchos animales ahogados. Los caminos para llegar a La Colorada eran cuatro: a todos los cubrieron las aguas. Al tercer día, una gotera amenazó la casa del capataz; Espinosa les dio una habitación que quedaba en el fondo, al lado del galpón de las herramientas. La mudanza los fue acercando; comían juntos en el gran comedor. El diálogo resultaba difícil; los Gutores, que sabían tantas cosas en materia de campo, no sabían explicarlas. Una noche, Espinosa les preguntó si la gente guardaba algún recuerdo de los

malones, cuando la comandancia estaba en Junín. Le dijeron que sí, pero lo mismo hubieran contestado a una pregunta sobre la ejecución de Carlos Primero. Espinosa recordó que su padre solía decir que casi todos los casos de longevidad, que se dan en el campo son casos de mala memoria o de un concepto vago de las fechas. Los gauchos suelen ignorar por igual el año en que nacieron y el nombre de quien los engendró.

En toda la casa no había otros libros que una serie de la revista *La Chacra*, un manual de veterinaria, un ejemplar de lujo del Tabaré, una *Historia del Shorthorn en la Argentina*, unos cuantos relatos eróticos o policiales y una novela reciente: *Don Segundo Sombra*. Espinosa, para distraer de algún modo la sobremesa inevitable, leyó un par de capítulos a los Gutres, que eran analfabetos. Desgraciadamente, el capataz había sido tropero y no le podían importar las andanzas de otro. Dijo que ese trabajo era liviano, que llevaban siempre un carguero con todo lo que se precisa y que, de no haber sido tropero, no habría llegado nunca hasta la Laguna de Gómez, hasta el Bragado y hasta los campos de los Nuñez, en Chacabuco. En la cocina había una guitarra; los peones, antes de los hechos que narro, se sentaban en rueda; alguien la templaba y no llegaba nunca a tocar. Esto se llamaba una guitarreada.

Espinosa, que se había dejado crecer la barba, solía demorarse ante el espejo para mirar su cara cambiada y sonreía al pensar que en Buenos Aires aburriría a los muchachos con el relato de la inundación del Salado. Curiosamente, extrañaba lugares a los que no iba nunca y no iría: una esquina de la calle Cabrera en la que hay un buzón, unos leones de mampostería en un portón de la calle Jujuy, a unas cuadras del Once, un almacén con piso de baldosa que no sabía muy bien donde estaba. En cuanto a sus hermanos y a su padre, ya sabrían por Daniel que estaba aislado - la palabra, etimológicamente, era justa - por la creciente.

Explorando la casa, siempre cercada por las aguas, dio con una Biblia en inglés. En las páginas finales los Guthrie - tal era su nombre genuino - habían dejado escrita su historia. Eran oriundos de Inverness, habían arribado a este continente, sin duda como peones, a principios del siglo diecinueve, y se habían cruzado con indios. La crónica cesaba hacia mil ochocientos setenta y tantos; ya no sabían escribir. Al cabo de unas pocas generaciones habían olvidado el inglés; el castellano, cuando Espinosa los conoció, les daba trabajo. Carecían de fe, pero en su sangre perduraban, como rastros oscuros, el duro fanatismo del calvinista y las supersticiones del pampa. Espinosa les habló de su hallazgo y casi no escucharon.

Hojeó el volumen y sus dedos lo abrieron en el comienzo del Evangelio según Marcos. Para ejercitarse en la traducción y acaso para ver si entendían algo, decidió leerles ese texto después de la comida. Le sorprendió que lo escucharan con atención y luego con callado interés. Acaso la presencia de las letras de oro en la tapa le diera más autoridad. Lo llevan en la sangre, pensó. También se le ocurrió que los hombres, a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota. Recordó las clases de elocución en Ramos Mejía y se ponía de pie para predicar las parábolas.

Los Gutres despachaban la carne asada y las sardinas para no demorar el Evangelio.

Una corderita que la muchacha mimaba y adornaba con una cintita celeste se lastimó con un alambrado de púa. Para parar la sangre, querían ponerle una telaraña; Espinosa la curó con unas pastillas. La gratitud que esa curación despertó no dejó de asombrarlo. Al principio, había desconfiado de los Gutres y había escondido en uno de sus libros los doscientos cuarenta pesos que llevaba consigo; ahora, ausente el patrón, él había tomado su lugar y daba órdenes tímidas, que eran inmediatamente acatadas. Los Gutres lo seguían por las piezas y por el corredor, como si anduvieran perdidos. Mientras leía, notó que le retiraban las migas que él había dejado sobre la mesa. Una tarde los sorprendió hablando de él con respeto y pocas palabras. Concluido el Evangelio según Marcos, quiso leer otro de los tres que faltaban; el padre le pidió que repitiera el que ya había leído, para entenderlo

bien. Espinosa sintió que eran como niños a quienes la repetición les agrada más que la variación o la novedad. Una noche soñó con el Diluvio, lo cual no es de extrañar; los martillazos de la fabricación del arca lo despertaron y pensó que acaso eran truenos. En efecto, la lluvia, que había amainado, volvió a recrudecer. El frío era intenso. Le dijeron que el temporal había roto el techo del galpón de las herramientas y que iban a mostrárselo cuando estuvieran arregladas las vigas. Ya no era un forastero y todos lo trataban con atención y casi lo mimaban. A ninguno le gustaba el café, pero había siempre una tacita para él, que colmaban de azúcar.

El temporal ocurrió un martes. El jueves a la noche lo recordó un golpecito suave en la puerta que, por las dudas, él siempre cerraba con llave. Se levantó y abrió: era la muchacha. En la oscuridad no la vio, pero por los pasos notó que estaba descalza y después, en el lecho, que había venido desde el fondo, desnuda. No lo abrazó, no dijo una sola palabra; se tendió junto a él y estaba temblando. Era la primera vez que conocía a un hombre. Cuando se fue, no le dio un beso; Espinosa pensó que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Urgido por una íntima razón que no trató de averiguar, juró que en Buenos Aires no le contaría a nadie esa historia.

El día siguiente comenzó como los anteriores, salvo que el padre habló con Espinosa y le preguntó si Cristo se dejó matar para salvar a todos los hombres. Espinosa, que era libre pensado pero que se vio obligado a justificar lo que les había leído, le contestó

Sí. Para salvar a todos del infierno.

Gutre le dijo entonces:

- ¿Qué es el infierno?
- Un lugar bajo tierra donde las ánimas arderán y arderán.
- ¿Y también se salvaron los que clavaron los clavos?
- Sí —replicó Espinosa cuya teología era incierta.
Había temido que el capataz le exigiera cuentas de lo ocurrido anoche con su hija.
Después del almuerzo, le pidieron que relejera los últimos capítulos.
Espinosa durmió una siesta larga, un leve sueño interrumpido por persistentes martillos y por vagas premoniciones. Hacia el atardecer se levantó y salió al corredor. Dijo como si pensara en voz alta:
- Las aguas están bajas. Ya falta poco.
- Ya falta poco —repitió Gutre, como un eco.
Los tres lo habían seguido. Hincados en el piso de piedra le pidieron la bendición.
Después lo maldijeron, lo escupieron y lo empujaron hasta el fondo. La muchacha lloraba. Cuando abrieron la puerta, vio el firmamento. Un pájaro gritó; pensó: Es un jilguero. El galpón estaba sin techo; habían arrancado las vigas para construir la Cruz.

Bibliografía

- [1] Obras completas de Jorge Luis Borges: El informe de Brodie, 1970, págs.1068 y sig., Emecé Editores , Buenos Aires, 1974

1.1 Guía para analizar el cuento El evangelio según Marcos

1. Describa al protagonista de este cuento e indique las transformaciones operadas en él durante el curso del relato.
2. ¿Cómo son presentados los Gutres?
3. ¿Cómo definiría al primo Daniel?
4. ¿Qué función cumple el río Salado y la lluvia en el cuento?
5. ¿En qué momento se produjo el acercamiento entre los Gutres y Espinoza?
6. ¿Qué pensaba el padre de Espinoza sobre los casos de longevidad que se dan el campo?
7. ¿Qué literatura llevó Espinoza consigo a la estancia y libros de qué género encontró allí?
8. ¿Qué tipo de ambiente transmite *la guitarreada* ?
9. ¿Por qué Espinoza decidió leerles el Evangelio según Marcos?
10. ¿En qué hechos se demostraba el interés de los Gutres por el Evangelio?
11. ¿Cómo reaccionaron los Gutres ante la curación de la oveja? Cómo pasaron a tratarlo? Enumere las atenciones que tuvieron para con él?
12. ¿Qué importancia tiene la minuciosa mención de los días de la semana en el relato?
13. ¿Cómo describe Borges el encuentro entre la muchacha y Espinoza?
14. ¿Qué característica tuvo el diálogo que sostuvieron Gutre y Espinoza el viernes?
15. ¿Sintió Espinoza miedo, tuvo alguna premonición?
16. Tanto Gutre como Espinoza dijeron: *ya falta poco*. ¿Qué significaba para cada uno de ellos esta frase?
17. ¿Por qué los Gutres le pidieron la bendición?
18. ¿Qué quiere anunciar el autor con el grito del jilguero?
19. ¿Por qué la palabra *cruz* esté escrita en mayúscula?
20. ¿Después de analizar el cuento qué otra conclusión podemos deducir del mismo?

1.2 Tarea

- a. Destacar el vocabulario particular relacionado con el tema central del cuento.
- b. Describir la evolución que sufre el personaje Marcos en el curso de los hechos narrados.
- c. Identificar los elementos que subrayan el binomio "civilización-barbarie".
- d. Narrar el cuento desde una perspectiva intradiegética

1.3 Información complementaria

1.3.1 Spinoza Baruch: (1632-1677)

Filósofo neerlandés de origen portugués, admirador y seguidor del racionalismo de Descartes y autor de una profunda obra filosófica. Su poco ortodoxo punto de vista causó consternación entre los judíos de Amsterdam, quienes en 1655 lo excomulgaron. Spinoza entiende la naturaleza de la realidad concebida enteramente a través de la razón.

Su filosofía explicada en su libro *Ética* es esencialmente panteísta y explica el universo como una sustancia o unidad independiente que debe ser su propia causa. Esta creencia lo llevó a deducir, que en la medida que comprime toda la naturaleza y la creación, la sustancia debe ser equivalente a Dios. De lo cual deduce que Dios no trasciende el Universo, pero es una fuerza impersonal immanente en la naturaleza; una aseveración que chocó a sus contemporáneos.

En *Ética* Spinoza distingue entre *atributos* y *modos*. Sustancia, naturaleza o Dios es una infinidad de atributos de los cuales sólo dos son conocidos por el hombre: **pensamiento y extensión**. También es dividida en una infinidad de modos finitos, de los cuales **el ser humano** es un ejemplo.

Para Spinoza hay una exacta correspondencia entre *modos* y *atributos* que hace que la mente humana sea parte del intelecto de Dios, como el cuerpo humano es una parte del sistema físico de la naturaleza.

El pensamiento humano puede experimentar el absoluto sólo con la intuición, que Spinoza llama *el amor intelectual de Dios*. El conocimiento absoluto es imposible porque solo dos atributos de Dios son conocidos por el hombre.

A Borges le atraía la idea de Spinoza de crear a Dios a través de un sistema racional metafísico.

1.3.2 Spencer Herbert: (1820-1903)

Filósofo y sociólogo británico. Fue un destacado defensor de la teoría positivista y aplicó las teorías del evolucionismo biológico a los procesos sociales. Defendió la idea de que la selección natural obra en todos los niveles de existencia cósmica. *Principios de biología* (1864-67) *Principios de sociología* (1876-96)

Bibliografía

- [2] Facundo: civilización y barbarie / Domingo Faustino Sarmiento. Ed. de Roberto Yahni Sarmiento, Domingo Faustino *1811-1888* Madrid : Cátedra, 2003
CAU-Zentralbibliothek, Freihandbereich, Fachnummer: rom 980:sar 5,2, Signatur: Bc 1013
- [3] Proyecto Biblioteca Digital Argentina
http://www.biblioteca.clarin.com/pbda/ensayo/facundo/facundo_00indice.htm